

SALLÉS VILASECA, Nuria (2022). *La política internacional de Giulio Alberoni: el desafío al orden europeo en el reinado de Felipe V*. Valencia: Albatros, 222 pp. ISBN: 978-84-7274-410-3.

El libro objeto de reseña, producto de la reelaboración de la tesis doctoral de la autora, describe dos procesos simultáneos, indivisibles a la vez que diferentes en cuanto a sus alcances: por un lado, la ofensiva militar y diplomática que Felipe V llevó a cabo y que puso en discusión el precario equilibrio que se había procurado construir mediante los tratados que siguieron al fin de la guerra de Sucesión Española; por otro, el papel que, en aquel contexto, cupo a Giulio Alberoni, un auténtico *homine novi* proveniente de Piacenza. A propósito de ello, resulta imprescindible aclarar que no nos hallamos ante una obra que explora la política exterior del joven monarca Borbón durante todo su reinado; antes bien, el marco temporal se ciñe al período 1715-1719, es decir, el signado por lo que la historiografía ha denominado como «revisiónismo mediterráneo» (p. 27). Asimismo, sería erróneo afirmar que se trata de una biografía de Alberoni; por el contrario — y he aquí uno de los principales méritos de la autora —, la referencia a hechos concretos de la vida del cardenal contribuye a contextualizar ciertas decisiones que tomó durante los turbulentos años que siguieron a la conclusión del conflicto dinástico. Es, justamente, en la intersección de sendos ámbitos que el libro toma forma. Junto con ello, el estudio se nutre de tres campos historiográficos: el *risorgimento* de la monarquía

durante la primera mitad del siglo XVIII, el reformismo borbónico y el modelo de diplomacia perfeccionado luego de los tratados de Utrecht (pp. 18-20).

El libro se halla estructurado en torno a seis capítulos, los cuales —con pequeñas excepciones— responden a un orden cronológico que se extiende desde los últimos años del siglo XVII hasta la conclusión de la guerra de la Cuádruple Alianza. En el primer apartado, la autora se encarga de reconstruir el *cursus honorum* de Alberoni previo a su llegada a la monarquía de España y, una vez instalado allí, el modo en que logró posicionarse junto a Felipe V y su segunda esposa, Isabel de Farnesio. La gran paradoja de Alberoni consiste en su ascenso desde una posición cuya marginalidad no cesa de sorprender hasta ejercer, prácticamente, como primer ministro del monarca. Todo ello, además, signado por la distancia respecto a la cultura cortesana y su carácter de extranjero. Originario de Piacenza, hijo de un jardinero y una costurera, Alberoni fue hijo directo de la guerra de Sucesión Española. En 1701 pasó al servicio de la casa Farnesio, por aquel entonces duques de Parma. Su misión —primero como acompañante de Alessandro Roncovieri, luego como negociante— consistía en convencer a las tropas francesas de que la neutralidad esgrimida por el duque no era una parcialidad soterrada hacia el bando aliado. En su labor como representante de los Farnesio, Alberoni desarrolló una relación cercana con el general Vendôme, comandante francés al mando de las tropas estacionadas en Italia. La unión persistió cuando el militar fue destinado

a Flandes (1706) y a la monarquía de España (1710). Fue durante aquellos años que el abate ejerció como ministro del duque de Parma frente a Felipe V, aunque rechazó el nombramiento oficial y prefirió mantener discreción. Llegado a este punto, la autora sugiere que la muerte de la reina María Luisa Gabriela de Saboya, junto con la recomendación de Isabel Farnesio como nueva esposa de Felipe V, marcaron un punto decisivo en la carrera de Alberoni. En este primer capítulo, el principal mérito de la autora consiste en ofrecer un contexto completo al momento de la llegada del abate a Madrid. Si, por un lado, el «partido francés» languidecía, no menos importante era la «política de compensación» llevada a cabo por Felipe V (p. 42), quien a partir de 1715 intensificó la distribución de títulos, dignidades, pensiones y feudos entre las más fieles familias aristocráticas italianas.

El segundo capítulo es ilustrativo sobre el modo en que Alberoni logró posicionarse en la corte borbónica en el período comprendido entre enero de 1715, al momento de su nombramiento como enviado extraordinario del duque de Parma, y agosto de 1717, cuando comenzó la invasión de Cerdeña. Un elemento significativo para comprender el ascenso del abate fue el tándem conformado con el cardenal Giudice, quien en febrero de 1715 regresó a Madrid como inquisidor general y consejero de Estado luego de haber ejercido como embajador extraordinario frente a Luis XIV. Respecto a este apartado, la autora identifica una diferencia sustancial entre el cardenal napolitano y el

abate piacentino: si el primero había optado por una vertiente más institucional para asentarse en el entorno real, Alberoni prefirió actuar desde las sombras, apelando a mecanismos de claro corte extrainstitucional. A raíz de sus diferentes estrategias, la colaboración inicial entre ambos se transformó en una competencia por definir la política del Estado. Finalmente, Alberoni logró la destitución de Giudice en julio de 1716. Se anulaba, así, un posible foco de resistencia cercano a la reina. No solo eso: en paralelo al alejamiento de Giudice, Alberoni contribuyó a la consolidación de la «vía reservada» (p. 65) como método a través del cual los representantes reales en el extranjero informaban sobre sus respectivas negociaciones. Su injerencia en los procesos de promoción de varios de los embajadores entre 1715 y 1717 le permitieron consolidar una red de informantes, cuyos beneficios la autora sintetiza en «la capacidad de acceder al espacio deliberativo de forma autónoma» (p. 69). Dicha facilidad fue aprovechada por Alberoni en tres negociaciones, las cuales constituyeron sus primeros pasos en la política exterior: los tratados comerciales firmados con Gran Bretaña en diciembre de 1715 y mayo de 1716, la fallida negociación para formar una alianza con las Provincias Unidas (enero-julio de 1717) y la negociación con Roma, que en el contexto de la Segunda Guerra de Morea encabezó una cruzada contra el enemigo otomano.

El período de mayor influencia de Alberoni, signado por la invasión española en Cerdeña y el desembarco en Sicilia (julio de 1717 – julio de 1718), se

analiza en los capítulos tercero y cuarto desde una perspectiva complementaria. El tercer capítulo está destinado a examinar la invasión decretada por Felipe V en el verano de 1717 y sus repercusiones. Un aspecto clave es la reconstrucción que la autora realiza sobre los acontecimientos que llevaron a la invasión. La detención de José Molines, nuevo inquisidor general, mientras atravesaba Milán en mayo de 1717, liberó a Felipe V de cualquier compromiso previo. A su vez, Carlos VI había reemprendido la campaña militar contra los otomanos y, no obstante la Guerra del Norte había entrado en un pequeño *impasse*, el enfrentamiento entre Carlos XII de Suecia y la gran alianza de las potencias del Báltico acaparaba la atención de Gran Bretaña, que no cesaba en su intención de establecerse como árbitro continental. Las nociones de «decencia» (respuesta a un conjunto de supuestas humillaciones sufridas por Felipe V) y «utilidad» (necesidad de hacer saber que la monarquía de España estaba en condiciones de planificar empresas bélicas) sirvieron como justificación de la conquista de Cerdeña, la cual se llevó a cabo entre agosto y noviembre (p. 88). En simultáneo, la grave crisis de salud que afectó al rey español lo llevó a redactar su testamento y un documento conocido como «la plenipotencia de Alberoni» (p. 92), el cual autorizaba al cardenal a negociar con las potencias extranjeras sin ningún tipo de restricción. Dicha ampliación en la capacidad de negociación tenía una correlación directa, además, con un paulatino aumento de la influencia que el cardenal ejercía sobre

las secretarías de Hacienda y Guerra y Marina. La ofensiva de Felipe V sobre la región mediterránea fue correspondida por una activa alianza franco-británica para ejercer como mediadores entre el monarca español y Carlos VI, la cual se hallaba cimentada sobre una todavía embrionaria «ciencia de reparticiones» que perfeccionaría el orden establecido en Utrecht (p. 99). El proyecto de paz presentado en Madrid y Viena, producto de intensos intercambios entre el abate francés Dubois y el representante inglés James Stanhope, fue aprobado por el emperador, pero rechazado por Felipe V, lo que obligaba a reformular las condiciones de paz o a aguardar el desembarco de tropas españolas en algún punto del Mediterráneo.

En paralelo al avance militar, Alberoni protagonizó tres empresas diplomáticas para condicionar tanto al emperador como a Jorge I, rey británico, y el duque de Orleans, regente francés. Para agosto de 1717, los rumores sobre la firma de la paz austro-turca resonaban en las cortes europeas. Consciente de que la resolución de dicho conflicto aumentaría la presión sobre Cerdeña, Alberoni envió al coronel francés Jacques de Boissimène para que pasase a formar parte del entorno del príncipe de Transilvania, Francisco II Rákóczi, quien se hallaba en Adrianópolis por invitación del sultán. Sin embargo, las gestiones de Boissimène resultaron ser de escasa injerencia, lo que se confirmó con la firma de la paz de Passarowitz en julio de 1718. La segunda iniciativa diplomática tenía como objetivo desestabilizar a Jorge I a través del apoyo a la causa

jacobita, cuyo fin consistía en restablecer a Jacobo Estuardo en el trono inglés. El punto neurálgico consistía en formar una alianza hispano-rusa para amenazar las posesiones de Jorge I en Hannover, de donde todavía era elector. Para que aquel acuerdo siquiera se considerase, la paz entre Pedro el Grande y Carlos XII era condición imprescindible. El escogido para servir como intermediario entre sendos monarcas, el militar irlandés Patrick Lawless, vio frustrada su misión por la repentina muerte del soberano sueco en diciembre de 1718. Por último, Alberoni intentó estimular la facción parisina que abogaba por reforzar la alianza dinástica franco-española. El encargado de encabezar el debilitamiento del regente fue el príncipe de Cellamare, cuya correspondencia privada durante la segunda mitad de 1718 reflejaba su intención de organizar una revuelta primero nobiliaria y luego popular. A pesar de que la iniciativa no fue mucho más allá de cartas e informes cruzados, el regente lo utilizó como excusa para dismantelar el «partido español» (p. 136) y reforzar aún más, si cabía, su alianza con los británicos.

En el capítulo cinco, Sallés Vilaseca se sumerge en la crítica coyuntura que siguió al rechazo frontal de Felipe V al intento de mediación anglo-francés. Antes que focalizarse enteramente en la dura derrota española en la batalla de Cabo Passaro, la autora inicia el apartado haciendo énfasis en la mejora del estado de las fuerzas navales españolas para las campañas de 1717 y 1718. Así pues, el progreso en términos de la construcción de buques, el suministro de los

productos estratégicos y la instrucción de la oficialidad conservaba una relación directa con la ofensiva militar pregonada por Alberoni, quien también intensificó el control sobre los gastos de Hacienda a través de funcionarios que le eran afines. Producto, en parte, de aquellas reformas, la flota española desembarcó en Sicilia en julio de 1718. En respuesta, la firma del tratado de la Cuádruple Alianza en agosto de 1718, que inicialmente incluía a Gran Bretaña, Francia y el Imperio, y al que las Provincias Unidas se integrarían recién en diciembre de 1719, significó la conformación de un bloque opuesto a los intereses mediterráneos de Felipe V. A pesar de que James Stanhope buscó evitar hasta último momento el conflicto abierto, el ultimátum que presentó en Madrid fue rechazado. Así, la derrota española en Cabo Passaro confirmó que, a pesar de la mejoría naval liderada por el intendente general José Patiño, la flota británica se encontraba en un nivel superior.

El último apartado, dedicado a la caída de Alberoni, se estructura alrededor de dos ideas rectoras: primero, el avance de tropas francesas y británicas sobre el reino español aceleró la salida del cardenal; segundo, las maniobras diplomáticas que procuraban mantener vivas las pretensiones revisionistas de Felipe V fracasaron de forma ostensible. En respuesta a la declaración de guerra de Luis XV, fechada el 9 de enero de 1719, Felipe V movilizó tropas hacia el norte peninsular con el objetivo de alentar la desertión de soldados franceses. En agosto de aquel año, la capitulación de San Sebastián frente al ejército francés

liderado por el duque de Berwick, junto con el avance sobre Cataluña, limitaron el accionar bélico de las tropas españolas. Al mismo tiempo, tres fallos diplomáticos pusieron fin a los planes de Alberoni: la expedición organizada para fomentar la revuelta provincial en Bretaña no prosperó, el intento de desembarco jacobita en Inglaterra y Escocia fue desestimado por condiciones climáticas adversas y la consecuente desorganización y la potencial alianza hispano-rusa naufragó dada la hábil política exterior británica y los intereses del zar, que primó mantener las buenas relaciones con el reino francés. De este modo, cuando el duque de Parma envió un nuevo ministro a Madrid, Stanhope y Dubois se mostraron inflexibles respecto a la expulsión de Alberoni y la aceptación por parte de Felipe V de los artículos del tratado de la Cuádruple Alianza. Entre diciembre de 1719 y febrero de 1720, entonces, llegaban a su fin los ambiciosos proyectos del cardenal.

En resumen, la obra de Sallés Vilaseca ofrece un análisis detallado y riguroso del período comprendido entre 1715 y 1719 en la política española, centrándose en el papel crucial de Giulio

Alberoni y la ambiciosa agenda de Felipe V. A través de una cuidadosa reconstrucción de eventos y un contexto histórico minucioso, la autora no solo ilumina las estrategias diplomáticas y militares del cardenal, sino que también destaca las dinámicas complejas y los desafíos que enfrentó su administración. La estructura cronológica y el enfoque en los procesos de decisión brindan una comprensión profunda del revisionismo mediterráneo, revelando cómo la intersección entre la política interna y las relaciones exteriores influyó en la trayectoria del imperio español. Por otra parte, el libro no solo enriquece la historiografía sobre este período, sino que también invita a la reflexión sobre las implicancias de las decisiones políticas y la fragilidad de los equilibrios internacionales. En conclusión, Sallés Vilaseca ha logrado presentar un estudio esencial que contribuye significativamente a la comprensión de un momento crítico en la historia de España, así como a la evolución del papel de Alberoni en la corte borbónica.

Mario Luis LÓPEZ DURÁN   
*Universidad Autónoma de Madrid*